

Más allá del norte, del hielo, de la muerte –*nuestra* vida, *nuestra* felicidad... Hemos descubierto la felicidad, sabemos cuál es el camino, hemos hallado la salida de todos estos milenios de laberinto.

NIETZSCHE

El viento, siempre el viento, desde hace una semana, el viento del norte, violento y fastidioso, que viene de allá arriba. Abajo estamos nosotros, en el intervalo, a la distancia. Bloqueados, esperando. Por más que uno haya vivido eso cientos de veces, cada vez es nuevo, el sopor, el tedio, los mínimos gestos. Uno se levanta, camina, respira, habla, pero en realidad se arrastra por dentro. Desasosiego, cansancio, tiempo que no pasa, aguja. El pasado está desencantado, el presente es nulo, el porvenir absurdo. Nos acostamos y nos quedamos despiertos, comemos y bebemos demasiado, titubeamos, dormimos de pie. No es que uno esté enfermo, uno es la enfermedad misma. Ningún deseo, ningún color, sin tregua, sin verdaderas palabras.

Un paso detrás del otro. Detenerse. Otro paso más, pierna izquierda. Equilibrio, pierna derecha, y otro paso más. Estoy aquí, no estoy aquí. No es preciso que haya pensamiento para que uno esté.

El viento no deja pensar, es el enemigo del cerebro, su lavado a seco. Viento lleno, cabeza vacía. Un pájaro debe saberlo bien, pero a él eso no le molesta. A mí sí. Me gustaría volver a encontrar mi sitio en este mundo. Tenía uno y lo he perdido, no hay que divulgarlo, ese accidente. Permanecer libre, por sobre todo. ¿Pero libre para qué? Aquí nada viene, nada se presenta. El viento sigue soplando, y yo soy tan sensible como un guijarro en la playa. Lo recojo, lo lanzo, vuelvo a tomarlo. Es blanco amarillento con estrías azules, ¿cuántos miles de años de pulido? Empujado, rodado, arrastrado, encallado, llevado, devuelto... Absolutamente indiferente a la marea y a las olas. Tan cerrado como una mandíbula o un diente.

Regreso a la casa, volveré a salir mañana. Siempre el viento, como una tempestad del tiempo mismo. El agua espumea, las puertas y los postigos rechinan, las ráfagas de lluvia se suceden. Ludí no dice nada, no hemos intercambiado diez frases en dos días. Ella hace alguna llamada telefónica de vez en cuando, yo no. Que se vayan todos y todas al diablo, que se los

lleve la nada. ¿Qué decir cuando ya no hay nada que decir, ni nadie para escuchar esa nada? Viento.

Ludí, de pronto:

–¿Y el cuaderno?

–Arriba, en el cajón del escritorio, a la derecha.

Me he oído responder así, un mero reflejo. En realidad ya no pensaba para nada en ese cuaderno de hace diez años, en las notas sobre mis experiencias. ¿Quería olvidarlo? Sin duda. Ludí, ella sí se acuerda. ¿Recuperación de su vida? ¿Nuevo juicio sobre mí? ¿Detalles? ¿Valores de época? Hay que confesar que, comparada con la depresión ambiente, la vida de entonces parece legendaria, india, himalayánica, africana, amazoniana. Sí, ve a buscar el cuaderno, Ludí, así revivimos y nos maravillamos. Así nos sorprendemos, sobre todo, de haber hecho todas estas cosas y aquellas otras, los gastos, las tonterías, los juegos, las locuras, las noches. Quiero verte leer, reír, menear la cabeza, llorar casi. Llevarte el dedo a la sien, toc, toc, mal de la azotea, qué idiotas. Detenerte ahí, volver hacia atrás, comenzar a soñar. Demostrar que las palabras son más fuertes que todas las situaciones, incluso las más desesperadas, las más chatas. Ven, vamos, aplaquemos ese viento, como hizo el Otro, una vez, dormido dentro de la barca. ¿Qué pasa? ¿Ustedes de qué tienen miedo? Miren, un solo gesto es suficiente, salido de un sueño profundo. Y si eso no les basta, voy a dar una vueltita sobre las aguas, allá, con los pies desnudos sobre el lago cómplice. Los deja pasmados, ¿no es cierto, monos de poca fe? Ve, Ludí: en mi cuarto, el tercer cajón de la derecha, cubierta negra, diez años de tinta. Quién sabe, tal vez volveré a tomarle el gusto al papel, a las largas noches bajo la lámpara, a las madrugadas azules, allá, sobre el pontón, café tras café, agua fresca, gorriones que picotean el azúcar casi sobre mi mesa, chapoteos de agua, barcos. Ahí está, siento que vuelve a atraparme, escalofrío de la médula espinal, milagro.

Era un sueño: el viento, la depresión, el bloqueo, el cuaderno, Ludí. Están allí para advertirnos, los sueños. En ellos lo trágico es cómico, lo cómico patético, la vida incurable, la muerte al dar vuelta la esquina, el cuerpo una hipótesis, la identidad una longitud de onda en interferencia. Droga, novela. Ellos advierten que el estado llamado de vigilia es altamente improbable, y debería ser considerado como un éxtasis fugaz. ¿Qué hay más bello y más sólido que esta silla de cocina, aquí, en este mismo momento? Me acabo de despertar, verifiqué que no tenía mensajes, voy a poner a calentar mi café, miro mis manos en el vacío. Pienso en los prisioneros del mundo entero, en sus cuchetas, en sus celdas. Lluve, la ventana no tiene barrotes, puedo salir ahora mismo a la ciudad, tomar un autobús,

ir adonde quiera. ¿Adónde? Poco importa. Voy a derivar un poco, aceptar lo que venga. Aquí nada, y nada. Y a regresar. ¿Ludí? Sí, está Ludí, pero eso lo veremos después, no hay prisa. Si el mundo no tiene ningún sentido, tanto da considerarlo como gratuito.

Un sueño más profundo, después del viento, es el de la abertura del cráneo. Estoy de pie, haciendo una llamada, me veo en el espejo del baño, con la cabeza abierta, mi copa craneana extraviada, el cerebro al aire. Situación chistosa pero delicada, se me concederá. ¿Dónde me he dejado olvidada esa tapa? ¿Sobre la cama? ¿Como una caparazón de cangrejo? Es posible. La voz de mujer en el teléfono (estilo pedir un taxi) bromea un poco sobre este episodio (extrañamente está enterada). Me aconseja que me cubra con un sombrero o más bien que me vuelva a poner mi cubrecabeza de hueso. ¿Al menos no habré olvidado cómo encaja? La respuesta para más tarde, pausa publicitaria. La película sigue con otra historia, la programación es verdaderamente un asco. Como sea, una vez despierto, apoyo con terror mi mano derecha sobre mi cráneo viviente, lo palpo, presiono, verifico, me consuelo, me calmo. ¿Cómo se llama esa zona? Ah sí, la *fontanela*. La palabra viene de fuente, parece: curiosa idea. “Nombre de los espacios situados entre los huesos de la caja craneana antes de su total osificación. La fontanela mayor, o *bregma*, se cierra a la edad de un año.” ¿Regresado, entonces, mientras dormía, a menos de un año de edad? Nada mal como acrobacia. *Chapeau*. Se termina por estar hasta la coronilla, ¿no es cierto? Uno pierde la cabeza, como se dice no sin razón. Acabaremos por perderla, esa bola, esa lata de conserva. A todo condenado a muerte le será cortada la cabeza. Caja negra, cerrémosla pronto. Y si no, aterrizaje forzoso en lo profundo de la selva.

No pocos cráneos he visto en el correr del día; reproducciones de pinturas, se entiende, y además los diarios hablan mucho, hoy por hoy, de nuestro ancestro africano de hace siete millones de años. Fotos científicas, sonrisa desértica del muerto, tal vez capaz, ya entonces, de una papilla de sílabas junto a un desaparecido lago lleno de peces, de cocodrilos, de tortugas, de lagartos, de serpientes, de ranas, de sapos, lago, por su parte, a orillas de una gran foresta habitada por hienas, jirafas, caballos, antílopes, monos, elefantes e hipopótamos. Salud, querido gorila, mi semejante, mi hermano. Chimpancé en camino de un futuro romanticismo, salud querido Yorick, quieres decirme algo, puedo sentirlo. Pero no es razón para que se me obligue a pasearme en sueños con una parte de mi cráneo en la mano.

Yo pienso, no soy un primate que se precipita sin contemplaciones para cargarse étnicamente a sus vecinos. No solamente pienso, sino que sé que pienso. En fin, bebamos ese café, no exageremos.

Siete millones de años río arriba, vaya y pase, siempre me puedo imaginar que ese ancestro mal desbastado viene hacia mí, me anticipa, me anuncia, un día encenderá un cigarrillo con un gesto graciosamente chimpancé de su mano peluda. ¿Pero siete millones de años río abajo? ¿E incluso tan sólo diez mil, o mil? Ahí me quedo anonadado, me escondo, vomito, me desvanezco. Arrojar me ahora mismo por la ventana sería sin duda lo mejor. Eso es, está hecho, se acabó. Soy un charco de sangre y de sesos, ustedes aliviados, yo también. Dicho esto, la hierba crece, la circulación se agrava, las transacciones crepitan, la palabrería llueve, brilla el eterno sol de la necedad. Pero quién sabe, en el fondo, si este planeta no ha desaparecido. Y sus habitantes con él. En ese caso, los signos que estoy a punto de escribir se borran en el vacío, y no tienen, como usted y como yo, ningún interés. Moraleja: tuve razón, la otra mañana en el campo, cuando quemé esos seis cuadernos allá cerca del bosquecito. Ofrenda al aire, humo, cenizas, fragmentos flotando entre los árboles. Difícil una reducción a la nada mayor que ésa. Pero allí es donde surge la alegría.

–¿Por qué hiciste eso? –dijo Ludí.

–Para ver.

–¿Para ver qué?

–Más lejos.

–¿Y?

–Nada.

Guardé silencio, no iba a hablarle de esa ola de felicidad, venida de no se sabe dónde, que me invadió mientras veía el papel arder y retorcerse. El fuego que devora la escritura es un viejo sueño oscurantista. Aquí es todo lo contrario, fuego contra fuego, salamandra, desaparición y confirmación atómica, el reverso del auto de fe cargado de odio. Dios quiere guardar celosamente la escritura, es decir, su dominio sobre las generaciones y sus listas. Escribo, quemo lo que escribo, se trata de un asunto privado, es mi derecho, me lo apropio, lo aplico, mejoro mi atención, mi respiración. ¿De dónde vengo? De todas partes, de ninguna. ¿Adónde voy? A todas partes y a ninguna. La vida es un juego que tiene, al final de las líneas, fuego.

Ludí es extremadamente hermosa, pero no tolera su nombre entero, Ludivine. Lo encuentra feo, de mal gusto, pequeñoburgués como su madre. Basta llamarla así para que monte en cólera. Ella habría preferido cualquier bagatela a la antigua: Anne, Élisabeth, Hélène, Gabrielle, Laurence, Marguerite, la cosa se arregló con ese Ludí, o Lud. Si uno la llama Lulú, ella le da una bofetada. Lud todavía pasa, para los íntimos. ¡Lud! ¡Lud!

Es un poco canino, es gracioso.

Desde luego, como todas las muchachas muy bellas, ella sufre del síndrome Marilyn. Se encuentra fea, gorda, echada a perder, tiene ganas de suicidarse, no soporta que la encuentren deslumbrante, sexy, adorable. Desprecia esa riqueza que la constituye y que irradia, pero más aún desprecia a todos esos pobres débiles que se dejan atrapar por ella. Odia su cine, su pequeño cerebro cámara, sus fantasías más o menos porno, todo el billete que tienen, sus cobardías, sus embrollos político-mafiosos, sus contorsiones mediáticas, su conformismo perverso, sus esposas baratas. Tiene razón, pero hay que persuadirla de vivir.

Nada de psicoanálisis, ni de somníferos, ni de antidepresivos, sólo un poco de gimnasia y una autoridad irónica (ése es mi papel).

Hay que ir en su dirección, agravar sus sospechas, bromear, aligerar, aliviar, demostrar sin tregua que el mundo físico no tiene más interés que la comedia de reputación social. Desde la más alta Antigüedad, se obliga a las mujeres a actuar en una película. En su mayoría lo hacen arduosamente, de lo contrario revientan. Mentir, mentir interminablemente, y otra vez mentir, qué trabajo. Sin hablar de que también hay que decir la verdad de vez en cuando, milagro.

Ludí es una mentirosa sublime. Por lo demás ésa es la frase que me susurré al cabo de tres o cuatro encuentros: “mentirosa sublime”. No hay mejor mentiroso que aquel que calla. Basta con verla, allí, tan rubia alegre y de ojos negros, el cabello corto, con su vestido negro ajustado, en la terraza de aquel hotel, en el verano. Está fresca, bronceada, sabe que se muestra, deja que las miradas vengán hacia ella, que la envuelvan como en una seda.

Sí, lo sé, les dirá que ha engordado dos kilos y que es dramático, pero no, justamente, está perfecta así, redondeada, firme, sus senos, su vientre, sus muslos evocan de inmediato grandes lechos abiertos. Ah, ese cruce de piernas, sus nalgas cuando camina hacia el bar, su manera de sacar y meter y volver a sacar y a meter el pie en su zapato izquierdo –el tobillo, allí, como un relámpago–, y después permanecer cinco segundos sobre su pierna derecha, y vuelta a empezar, adentro-afuera, adentro-afuera, como para decir he encontrado el zapato para mi pie, y soy yo, nadie más que yo, vengan a frotarse contra él si creen lo contrario. Su cuerpo se basta a sí mismo y ella no necesita darse cuenta. Es el cuerpo el que dice todo lo que hay que decir y que ella no podría pronunciar.

La primera vez que la vi, estaba con un tipo alto, vestido de cuero, con aires de cantante de rock o de gangster de reparto en una serie de televisión, delgado, bonito, brillante, presumido. Estaba sentado al lado de ella, tenía la expresión satisfecha y relajada del propietario, de tanto en tanto le ponía la mano sobre la rodilla izquierda, eso le gustaba a la muy cochina, mostrándose “mujer en mano” ante sus amigas, hablaba rápido, reía falsamente, cámara, cámara, “yo tengo un tipo que me ama, ustedes no pueden decir lo mismo, pobres tontitas, se pasan el tiempo criticando a los tipos, pero no piensan en otra cosa que en conseguirse uno”.

¿Venían de echarse un polvo? Es probable. El tipo tenía un aire saciado, *salía* de ella, tan sólo una hora atrás estaba todavía sobre ella. Yo la espiaba rotundamente, ella lo registraba con su sien derecha, evidentemente se hacía la que lo había notado sin notarlo. Físicamente no soy ningún regalo, es verdad, hace mucho tiempo que pasé la edad de la mercancía gratuita, y no puedo dar la impresión de tener mucho dinero. No me molesta, hay muchas compensaciones. Se gana tiempo, se pasea, se planea. Uno evita montones de malas películas en la existencia. El inconveniente, con esa posición fuera de cuadro, es que uno puede fascinarse tanto más con la ostentación de la obscenidad inconciente o con la tontería. Era mi caso aquel día.

Así que ella estaba ahí, en la terraza, tan pronto parada con su pie izquierdo delicioso entresacado, entresacado de su zapato negro, balanceándose antes de irse aparte a llamar por su teléfono celular, regresando, balanceándose otra vez con las manos apoyadas sobre la mesa, desapareciendo sin duda para ir al toilette, tan pronto sentada y arreglándose para remover el culo, lanzar los brazos hacia adelante, agitar sus manos ligeramente, perorar, reír y volver a perorar. Yo era el único que captaba su agitación, el

tipo y las muchachas no descifraban nada, ahora ella se movía para mí, o más bien para la cámara invisible. Era el final de la tarde, el sol rojo descendía a lo lejos, todavía doraba los almohadones y las sombrillas, y también a las muchachas, que bebían su champagne, les entraba la excitación de la noche que se avecinaba. *Noche*, palabra mágica: cómo vestirse y ponerse en valor y, quién sabe, llevar a cabo la estafa sexual del siglo. “Yo, ya la tengo, mi noche”, decía el cuerpo de Ludí junto a su lindo amante, a otras horas quizá gigoló, quien se ocupaba de marcar (cigarrillo, mirada perdida, ningún interés en la conversación) que no estaba en su estreno de temporada, tantas jóvenes como ella, que ya estaban muy curtidas, o bien otras, menos jóvenes, que debían utilizarlo durante sus vacaciones sin los maridos. No deja de ser sorprendente constatar a qué punto difiere una mujer con hombre de una mujer sin hombre. Poco importa si se lo consume o no, es algo que da seguridad, que tranquiliza, en el peor caso una estaca o un tutor que refuerza la rama, es la ley, así es.

Mentirosa sublime. Sublime porque alegre, muy alegre, demasiado alegre (naturaleza depresiva violenta), y mentirosa porque quería, aquel día, quedar embarazada (me lo confesó más tarde), y aún no podía saber que había fracasado.

El día siguiente, a la misma hora, pero sin el hombrecito. Dos mujeres y Ludí. Se encuentran alrededor de la mesa junto a la mía, discuten seriamente, no hay ningún hombre con ellas. Bebo mi whisky y continúo leyendo mi libro, ¿cuál era? Ah sí, *El ocaso de los dioses*. Vuelvo a ver, incluso, la frase a partir de la cual detuve la lectura: “Mientras la vida es *ascendente*, felicidad e instinto son idénticos”. Yo, ¿todavía era *ascendente*? Claro que sí. ¿Un poco más de champagne, muchachas? Es para mí. Ellas aceptan, hablamos de cualquier cosa, ya está hecho.

Ludí al principio estuvo muy desagradable, clásico truco. Por mi parte hice muy bien el papel de uno a quien le importa un carajo, truco clásico también, pero funcionó. Su curiosidad fue más fuerte. Jamás había tenido a un intelectual, quién sabe, puede que sea divertido, será un cambio. Y la cambió, efectivamente, pero no en el sentido que ella suponía.

Tomen a una vendedora mentirosa sublime, pónganla en una cama con un filósofo disimulado, y sigan los acontecimientos en el tiempo. Visualicen luego el film en cámara rápida, escojan, seleccionen, monten una versión abreviada. Verán a la muchacha, primero segura de sí misma, intentando domesticar a ese pesado animal seudopensador (eso cree), hacerlo salir de

sus goznes por todos los costados, enervarlo, deprimirlo, volverlo loco o celoso. Se desviste rápido, se ofrece, es lo menos que puede hacer, se da vuelta, duerme, se despierta, se baña, lo excita, se enfurruña, desaparece, reaparece, vuelve a desaparecer, regresa, se pone furiosa, se desviste, lo viola, pone cara larga, se enferma (nada grave), interrumpe un embarazo, engorda un poco, adelgaza, desaparece, regresa, llora, toma una ducha, ya no habla, sonrío, se relaja, suspira, se pone a beber, toma menos, tiene otra vez sus períodos de coca, retoma su gimnasia, escucha menos su maldito rock, lleva la anomalía hasta el punto de ponerse a leer en lugar de mirar la tele, lo cual constituye un acontecimiento.

—Pero yo no sé nada.

—¿Y qué con eso?

—Todas esas cosas que no sé...

—Tómalas como si se dirigieran directamente a ti, no estamos en la escuela.

—De todos modos...

Cuando no es la familia o la publicidad, el antiguo ideal papá-mamá-los niños o la vida mirífica e inaccesible de las estrellas, es la escuela la que reaparece, usted debería saberlo, señorita, no lo sabe, y por ende la humillación social. Afortunadamente todo es ahogado rápidamente por computadoras y divertimentos sonámbulos. Pantallas, ruido, la disco, agitación de época. La ventaja, para mí, con Ludí, consiste en permanecer fuera de los circuitos colectivos. Ella no me trae ni a su familia (horror), ni a sus amistades (qué lata), ni su medio de trabajo (nada que ver). Atiende una boutique de moda en el 8^e arrondissement de París. Nada más alejado de mí, una elección perfecta. Así que tiene un buen puesto de observación sobre el cuño de las buenas mujeres de la burguesía local. Yo habría podido buscarme una oftalmóloga, o una ginecóloga. No encontré ninguna lo bastante divertida. Ven, Ludí, reúnete con tu filósofo en este café tranquilo, en lo más recóndito de París. Dímelo todo, cuéntame. Ellas y sus angustias, sus dudas, su locura narcisista, su megalomanía, su desprecio, su falta de gusto, su ceguera sobre sí mismas, el dinero, y otra vez el dinero y siempre el dinero, los tipos abrumados, muertos de aburrimiento, las sonrisas falsas, las cortesías viscosas, el buen humor por encargo, toda la usina charlatana de las apariencias, es decir el verdadero frente de guerra, petróleo, tejido, droga, ropa, bombas, pantalones, chaquetas, blusas, tailleurs, atentados, cremas, perfumes, lápiz de labios, coiffeur, maquillaje de base, pasamontañas, kalachnikovs, aviones suicidas, joyas, y todo lo demás.

Podríamos pasar por una pareja de recién casados, aunque de lo más extraña. Nada de familia, ni de niños, ni de amigos, ni de informes de los

vecinos, ni de relaciones comunes, presencias nocturnas más bien en el caso de ella que en el de él, entendimiento en la cama, es decir sueño conciliado de piel y de amor. Sí, de amor. La piel de Ludí es una profundidad de perfume, mejillas, cuello, cara interna de los muslos, raso de los senos, vientre terciopelo, manos finas, precisas, y viniendo de muy lejos, fruición global que ella acaricia, que ella adora. En los buenos momentos, yo soy su bebé, su muñeca, su leoncito, su pequeño filósofo, su osito de peluche, o cualquier otra cosa por el estilo. A las mujeres no les gustan los hombres ni las mujeres sino los bebés; hay que ofrecerles lo que les gusta. Cuando los hombres avanzan por el lado de las mujeres, a ellos les gustan las madres o las putas, y Ludí es ideal en los dos papeles. Eso no impide, de ambos lados, las simulaciones, los disimulos, la armonización de las mentiras. Yo miento, tú mientes, yo sé que tú mientes y tú sabes que yo miento, los dos sabemos que mentimos, adoro tu nariz, tus orejas, tu mentón, sobre todo no expliquemos nada, deslicémonos, pasemos.

Ése es el precio de la protección de la verdadera vida filosófica, he allí la lección de los siglos. A Nietzsche en Turín, por ejemplo, en un momento crucial de su destino, le faltó una buena costurera, regordeta, frívola, ligera. Ella lo habría mimado, se habría ocupado escrupulosamente de su intimidad, se habría mantenido tranquila y admirativa ante sus elucubraciones bizarras. La alegría habría reinado en la casa, qué lujo, qué descanso, qué paz. Es cierto, ella lo habría engañado de vez en cuando con machos de paso, oficiales de regimiento, cantantes de ocasión, ¿pero qué importa? Ludí vuelve a ver a sus antiguos amantes, a ella le hace falta, eso la tranquiliza en lo concerniente a su imagen, la reconforta. No dice nada, no se toma siquiera el trabajo de inventar falsas citas, pero después de sus expediciones nocturnas me quiere todavía más durante algunos días. Faltaba algo, ¿verdad?, un no sé qué. Por otra parte a veces trae dinero, y eso hace todo más simple. Nada de palabras grandilocuentes, sobre todo, “prostitución”, ¿bromea usted? O acaso sí: mezcla de lo agradable y de lo útil. Más de un profeta, en los tiempos divinos, se instaló en casa de una prostituta: que una María por aquí, que una Magdalena por allá, que en Jericó una meretriz, que una marchante en Venecia. También están los tipos gratuitos, los que le rinden un homenaje febril, los que vienen a desfondarse sobre ella, y en ella. Bebés también, para terminar. Les han venido ganas de ella, mordieron el anzuelo, se les puso dura, funcionaron, gruñeron, es lo que corresponde en el teatro. Ella tiene su sonrisita ladeada, por la noche, ante el televisor. Miro la película con ella un momento, siempre la misma película, o casi, seducciones, violencias, traiciones, venganzas, cadáveres, y el bien triunfa. La admirable francesa Véronique Genest, mire usted, en su papel pedagógico e imbécil

de mujer comisario, *Julie Lescaut*. Me escabullo, me voy a la habitación, continúo con mi cuaderno. Ella viene después de su paso por el tocador, me masajea un poco los hombros, me abraza, es tarde, nos entreveramos, ella goza suavemente, la noche nos sorprende. Dos o tres horas después vuelvo a encender el velador, la observo con admiración y ternura. ¿Cómo hace para existir con tanta naturalidad? No es una pregunta.

En resumen, para comprenderlo todo, bastaría con ser una suerte de encarnación animal de Dios. Nietzsche lo dice en alguna parte: “Hoy, un hombre de conocimiento se sentiría de buena gana la encarnación animal de Dios”. Pero también: “La tendencia a rebajarse, a dejarse robar, embaucar, explotar, podría ser el pudor de un dios viviendo entre los hombres”. Puedo decirlo con toda sencillez, sin bromear, sin la menor vanidad, con una gran humildad incluso: he sido Dios, luego Nietzsche, luego todos los nombres de la Historia. Noticia que no es como para ponerse a saltar encima del techo, pero fatal. Un día tenía que sucederle a alguno fuera del asilo o de la psiquiatría corriente. Mírenme: ¿parezco trastornado? ¿loco? ¿tarado? ¿iluminado? Cualquier policía les podrá decir que soy un ciudadano normal, que vive con una linda rubia enérgica y simpática, de origen popular, salida de la Francia de abajo. Que tengo mis costumbres en el barrio, café, quiosco de diarios, farmacia, tienda de comestibles, horario regular, reserva, cortesía. Que soy empleado del ministerio, pero asignado a mi domicilio para un estudio profundo sobre los recursos futuros de la filosofía mundial (suponiendo que semejante monstruosidad exista). Que aprovecho para hacer evidentemente otra cosa que no me interesa más que a mí, o a algunos individuos a través del tiempo y el espacio (bienvenidos ellos, bienvenido yo). Sí, viajo: vuelvo de Nueva York, parto para Pekín, y regreso por Tokio, Jerusalén, Londres. ¿Un coloquio en San Petersburgo? Vuelvo allí con gusto dentro de tres meses. Entretanto Suecia, por supuesto, y Suiza, Alemania, Italia, Portugal, España. De allí a Marruecos, y luego a Ciudad del Cabo. Nueva partida hacia México, Buenos Aires, Río, San Pablo. El regreso y vuelta a partir para Montreal, Toronto, Los Ángeles, Chicago. ¿Mis trabajos? En curso. ¿Mis publicaciones? Reservadas al ministerio. ¿Mis colegas? Ninguno. ¿Mis superiores? Desconocidos. ¿Mis preferencias en filosofía? Secreto de estado. ¿Mis convicciones religiosas o políticas? Dominio sumamente privado. ¿Bromeo? Claro que sí, aunque no. Sí y no.

Como Ludí no es una burguesa y no tiene intenciones de convertirse en una (burguesía: acumulación, refrenamiento, apropiación, indiscreción,

falsificación de las comunicaciones), la sociedad no entra en nuestra casa, salvo por la información de actualidad, y aun así. Hemos hecho del tiempo un país. Pocos gastos, concentración, silencio. Ella tiene su vida, se aburre, se divierte. Cuando no viajo, trato de quedarme inmóvil lo más posible para ver con claridad. Tiendo mi campamento, prosigo mis páginas. Mi sueño de cráneo abierto, por ejemplo, me transporta al paleolítico superior, dos o tres millones de años antes de mí. Allí me impongo un rito funerario clásico, una escena de canibalismo autofágico. ¿Mi cráneo desencapsulado? ¿Mi seso al aire? ¿Qué platillo! ¿Asqueado, yo? Usted debe estar bromeando. Lo trago todo desde hace mucho tiempo, rumores, calumnias, insultos, complots, chismes, la rabia, patrañas, mi naturaleza divina no tiene estómago. Ignoro a esas serpientes que sisean sobre mi cabeza, engatuso, uso, abuso, acuso, meduso. Después de todo, los milenios están llenos de cráneos con los cerebros vaciados por el ensanchamiento del orificio occipital, expuestos luego a modo de sepulcro o de trofeos en el centro de círculos de piedra. Se los ha deformado, estirado, modelado, adornado, transformado en copas para brindar. Se los ha apilado dentro de fosas bañadas de ocre rojo. Por no citarlos más que a ellos, los habitantes de Jericó, 600 años antes de otro yo mismo, al abrigo de las murallas de la ciudad, conservaban aún, bajo el suelo de sus casas circulares, cráneos cuya cara estaba moldeada en yeso y los ojos reemplazados por conchas marinas incrustadas. Si no me quieren creer, vayan a ver por sí mismos los museos de Londres, Jerusalén, Ammán o Damasco. La misma obsesión se encuentra en todas partes: en Egipto, en Nueva Guinea, en México, en Perú, en Indonesia, en Japón, en el Tíbet, y hasta en el budismo tántrico. Para terminar la visita, he aquí un gran pilar de doce cráneos verticales grabados sin bocas (signo de muerte). Todo eso es bien conocido: cabezas cortadas y conservadas de los enemigos o de los ancestros, trasmisiones de energía por deglución de córtex, el *homo ludens*, mi semejante, mi hermano, buena la ha hecho. Inútil insistir, pienso, en el aspecto fálico, parafálico o contrafálico de esas lindezas de guiñol. Con lo cual, sobre nuestra pelota que da vueltas, la migraña no es cosa de hoy.

Aplicación: devórate y bébete a ti mismo. Sigue haciendo eso en memoria mía.